

de la Bastilla, á consecuencia de un acontecimiento que merece ser referido. Ana de Francia, señora de Beaujeu, que se encargó del gobierno del Estado durante la minoridad de Carlos VIII, quiso dar pruebas de su amor á la justicia, entregando á los tribunales tres malvados que habian sido los infames instigadores del difunto rey, y cuyos crímenes eran innumerables. Esos tres hombres eran Oliverio Ledain, que de simple barbero de Luis XI habia subido á ser su favorito, y ciego ministro de sus caprichos: Daniel, criado de Ledain; y Juan Dayac, auvernes de bajo nacimiento, que habia llegado á ser gobernador de la Auvernia.

Los tres personajes, arrestados simultáneamente en el momento en que se preparaban á salir de Paris, cargados con el fruto de sus iniquidades, fueron conducidos al Fuerte del Obispo, donde los recibió Godofredo Milon, gobernador ó carcelero en jefe de aquella prision, con todas las consideraciones debidas á la desgracia, siquiera sea merecida, y los puso en un cuarto cuya ventana única caia á una callejuela llamada de las *Tres-Pintas*.

Oliverio Ledain y Daniel su criado estaban tristes y abatidos; Dayac, por el contrario, pensó en aprovecharse de la especie de libertad que le habia dejado el carcelero, para buscar modo de escaparse. Entre los vecinos de la callejuela á que caia la ventana, cuyas rejas eran gruesas y de fierro, conoció á una familia de herreros, paisanos suyos: "Amigos míos" les dijo en su dialecto especial, "salvadme: reunid á todos los hijos de la Auvernia residentes en Paris, y venid á libertarme. En recompensa pondré á vuestra disposicion la mitad de mis riquezas, que son inmensas, como sabeis."

La peticion fué obsequiada, y en la noche unos quinientos ó seiscientos auverneses, armados de escalas, de azadones, de martillos, fueron á asaltar la prision. De pronto desarman á los centinelas: en seguida, con ayuda de gruesas vigas convertidas en arietes, intentan romper las puertas. El carcelero Godofredo Milon despierta sobresaltado, se pone á la cabeza de algunos archeros, corre al cuarto de los tres prisioneros, y les declara que si profieren el menor grito, ó hacen el mas ligero movimiento, los mata. "Si se mueven," dice á los soldados, "matadlos sin remision." Seguro de que no se escaparán, reúne Milon á los otros archeros, y pregunta al sargento Cabeza de Lana, que los manda, si puede resistir media hora.

—La puerta de la prision va á ceder bien pronto,—contestó el sargento,—y no somos mas que diez para impedir el paso; pero esos condenados de auverneses tendrán que pasar por encima de mi cadáver para entrar, y eso no es tan fácil como se les antoja.

Algo tranquilizado, corre Milon por un pasadizo subterráneo á la iglesia de San German de Auxerre, sube al campanario y toca á rebato. Al punto toman las armas soldados y paisanos y se dirigen al templo. Milon sale del campanario, marcha al fuerte del Obispo á la cabeza de las primeras tropas que encuentra, y

pone en un instante en derrota á los acometedores, cuyas filas habian aclarado ya el rebato y el valor de Cabeza de Lana.

Al amanecer fueron conducidos Oliverio Ledain, Daniel y Dayac á la conserjería, y apuntados allí, y pocos dias despues se nombró á Godofredo Milon gobernador de la Bastilla, en recompensa de su celo y de su bravura.

IV.

Descripcion de la Bastilla, tal cual fué desde el fin del reinado de Francisco I, hasta 1789.—El almirante Chabot y el canceller Poyet.—Prision, proceso, condenacion de Ana du Bourg.

La Bastilla habia cesado en cierto modo de ser prision de Estado, durante los reinados de Carlos VIII, de Enrique II y de la mayor parte del de Francisco I; pero si no se usaba el instrumento, se le cuidaba al ménos con esmero. La fortaleza habia sido considerablemente aumentada en los ciento cincuenta años transcurridos desde su fundacion por Aubriot: así es que nos creemos en la obligacion de dar aquí su descripcion para la inteligencia de los hechos, antes de continuar la relacion de los dramas terribles de que fué teatro, y á los que debió su lúgubre celebridad.

La Bastilla estaba situada al extremo de la calle de San Antonio. Despues de un cuerpo de guardia avanzado y siempre bien defendido, dos puentes levadizos conducian al primer patio, donde quedaba la habitacion del gobernador. Patio y habitacion estaban separados de la fortaleza por un ancho foso. Otros dos puentes levadizos y cinco puertas con cuerpos de guardias daban al patio grande, en medio del cual habia una fuente, y que tenia once mil seiscientos piés cuadrados de estension, dividiéndolo del último cuerpo de guardia una alta y fuerte barrera.

Franqueada esta, quedaban á la derecha las habitaciones de los oficiales de la guarnicion, seguidas de la torre del *Condado*, de la torre del *Tesoro* y de la torre de la *Capilla*. Las dos últimas eran las que ecsistian ántes de la ejecucion de los trabajos emprendidos con arreglo á los planos de Aubriot.

De la antigua capilla se habian hecho alojamientos para ciertos presos, reu-

niéndose las torres con paredes tan elevadas como ellas mismas, y de diez pies de espesor.

En el centro de un gran edificio, que se levantaba en el fondo del patio principal, habia una calle por la que se entraba á otro patio, llamado *del Pozo*. Al cómenzar la calle, se veia á la derecha la sala denominada *del consejo*, donde eran por lo comun interrogados los prisioneros, y tras de la cual habia diversos aposentos de oficiales y cuidadores, y otra sala que servia de escribanía, donde se depositaban las prendas quitadas á los presos. A la izquierda quedaban las cocinas y lavaderos. Por último, en la misma calle estaba la escalera por donde se subia á los tres pisos superiores, ocupados por presos distinguidos ó á quienes se mandaba dar mejor trato, y por el lugarteniente del rey y el cirujano.

Enfrente del grande edificio, del otro lado del patio principal, habia otras habitaciones de presos con vista á Paris, y la torre llamada de *la Libertad*, cuyos calabozos subterráneos eran muy vastos. Seguian luego la capilla, cuyas tribunas estaban dispuestas de modo que cada preso asistia á la misa sin ser visto de sus compañeros de cautividad; la torre de *la Bertaudière* y la de *la Barinière*.

Atravesada la calle que cortaba el edificio principal, se entraba al patio *del Pozo*, en el que se veía á la izquierda la torre del mismo nombre y á la derecha la de *la Esquina*, quedando entre ambas los aposentos de algunos empleados, subalternos y criados. El tamaño de la torre del Pozo no pasaba de mil doscientos cincuenta pies cuadrados, y habia allí un pozo sumamente hondo.

De esta disposicion general resultaba que cuatro de las torres hacian frente á Paris, y las otras cuatro al arrabal de San Antonio. La parte superior de estas, reunidas como hemos dicho por una gruesa muralla, formaba una azotea provista de muchos cañones, por la que se permitia pasear á algunos prisioneros privilegiados.

Cada una de las ocho torres de que acabamos de hablar, componia en cierto modo una prision particular de cinco pisos. Al quinto se habia dado el nombre de *cachucha*; y esas cachuchas eran una mansion horrible, á las que los presos tenian tanto miedo como á los calabozos. En los otros pisos habia ventanas; pero las paredes eran tan gruesas, que aquellas estaban casi enteramente tapadas, y provistas ademas en su mayor parte de tablas exteriores en figura de canasta.

Los cuartos, que tenian casi en su totalidad doble puerta y un boquete, estaban numerados. Al entrar un preso en la Bastilla, perdía su nombre, debiendo ser conocido en adelante por el número de su pieza, precedido del de la torre en que estaba situada. A la entrada de cada torre habia una especie de cárcel, y las escaleras estaban cortadas de trecho en trecho por puertas macizas llamadas *de seguridad*.

Los calabozos eran horribles: corrian en todas direcciones por debajo de la fortaleza, á cerca de veinte pies abajo del suelo, y estaban casi al nivel de los fosos, de manera que siempre habia en ellos una humedad mortífera y una atmósfera

corrompida. A los presos condenados á habitar en aquellos espantosos lugares no se daba mas mueble que paja, ni mas alimento que pan negro y agua.

En la torre llamada por horrible burla, de *la Libertad*, se encontraba el cuarto denominado de *la postrer palabra* y el del *olvido*. El preso llevado al primero corria inminente peligro de muerte: el que entraba en el segundo no tenia remedio. He aquí como se procedia en lo concerniente al uso de esas piezas. Cuando se habia empleado inútilmente todo arbitrio para obtener revelaciones de un prisionero, cuya muerte estaba resuelta, se le llevaba al cuarto de *la postrer palabra*, que alumbrado por una lámpara sepulcral, estaba entapizado de negro, y donde no se veian mas que instrumentos de suplicios, como hachas, puñales, cadenas, tenazas, sillas de fierro. Allí una especie de juez interrogaba al desgraciado cautivo, á quien se amenazaba con los mas crueles tormentos si no decia lo que se le queria hacer decir, fuera ó no cierto. Si nada podia conseguirse, ó si lo que se conseguia no parecia suficiente, se le entregaba al gobernador, que lo conducia al cuarto del olvido, el cual era bastante distinto del otro, pues tenia mucha luz, guarneciendo sus ventanas las mas hermosas flores en estío, y respirándose los perfumes mas deliciosos en invierno. El director comenzaba por felicitar al cautivo por el giro que tomaba su negocio: le hablaba de su próxima libertad, y manifestaba el deseo de conversar mas detenidamente con un pensionista que iba á perder. Ofrecia asiento al desdichado, que no bien habia sentándose, cuando á una señal hecha por su infame verdugo, se abria una trampa, y la víctima caia en un precipicio provisto de trecho en trecho de puntas de acero, de suerte que su cadáver llegaba en pedazos al fondo del abismo. A Luis XI se atribuye esa espantosa invencion, que es en verdad bien digna de él.

Tal era la Bastilla, cuando Francisco I hizo encerrar allí sucesivamente al almirante Chabot, mas conocido con el nombre de Brion, y al canceller Poyet.

El almirante era un intrépido militar; pero altivo, arrogante, incapaz de tolerar contradiccion, viniera de donde viniese. Un día que hablaba con él familiarmente Francisco I, le ocurrió decir al monarca que la voluntad del rey de Francia no debía encontrar obstáculo en sus estados: que era señor de la vida y de los bienes de sus súbditos; y que de una y otros podia disponer á su antojo. Ofendido el orgullo de Chabot, califica de ecshorbitantes tales pretensiones: contesta que el rey se equivoca, y sostiene acaloradamente su opinion. Resiéntese el soberano, y le dice que á él mismo lo haria condenar, si á bien lo tuviese: el almirante ecsasperado, olvida toda circunspeccion, y desafia al rey á que cumpla lo que dice.

Poco tiempo despues era aprehendido Chabot y metido en la Bastilla por orden del rey, y se encargó al canceller Poyet que formara una comision para juzgar á aquel valiente militar, cuya culpa toda se reducía á no creer que un rey puede impunemente degollar á sus súbditos.

Todo esto era tanto mas monstruoso, cuanto que el canceller era enemigo del almirante. "Sirviendo con ardor el resentimiento del rey," dice un historia-

dor, "compuso una comision de los magistrados que juzgó mas dispuestos á cooperar á sus miras, y los catequizó tan bien, que Chabot, á quien no se pudo imputar otro delito que el de unas insignificantes esacciones sobre algunas barcas de pescadores, fué privado por sentencia, de sus cargos y oficios, y degradado.

No queria mas Francisco I: cuando vió á su altivo favorito humillado, mortificado, lo hizo salir de la Bastilla, lo llamó á su lado, y le dijo:

—Y bien, señor almirante, qué opinais ahora del poder real? Estariais todavía acaso en disposicion de repetir vuestro desafio?

—Ah! señor,—respondió Chabot, que comprendió entónces la causa de los males que habia sufrido,—ese juego es terrible y mortal: ojalá y os arrepintais de haberlo empleado!

—Vaya,—repuso el rey,—deponed el enfado: donde está el mal, está el remedio; y para mejor ganar nuestra causa, vais á ser restablecido en el acto en vuestros bienes, honores y dignidades.

—Os lo agradezco; pero considero tardío el remedio: V. M. me ha herido en el corazon.

En vano se esforzó Francisco por consolarlo, por tranquilizarlo: el almirante se retiró tropezando, y murió pocos dias despues de pesar, lo cual es sin duda horrible: pues bien, no han faltado historiadores que alaben ese pasatiempo del monarca, y que ensalcen su clemencia en perdonar crímenes imaginarios, y en nulificar el fallo inicuo que se habia pronunciado por orden suya. Verdad es por desgracia que la historia de los fuertes no es otra cosa que el martirologio de los débiles.

Este negocio llevó otro prisionero á la Bastilla, el canceller Poyet en persona: vamos á esplicar cómo.

Chabot era pariente de la duquesa de Etampes, y la duquesa habia llegado á ser querida del rey. Poyet tenia, pues, en ella una poderosa enemiga, á la que hubiera hecho bien en desafiar, á no tener nada que echarse en cara; pero á quien hubiera debido guardar consideraciones para conservar el favor del rey. La vida de la duquesa, á pesar de que era jóven todavía, habia sido muy novelasca, de lo que resultaba que siempre tenia alguna gracia que pedir en favor de gentes cuya discrecion le era indispensable. Un dia que habia obtenido una orden para diferir la terminacion de un negocio pendiente en el parlamento de Dijon, la presentó al canceller para que la sellara; pero averiguado que el favorecido era enemigo de Poyet, este, aconsejado por el demonio de la venganza, se atrevió á falsificar el documento, que devolvió sellado, pero cubierto de enmendaturas.

La ocasion de vengarse era demasiado oportuna para que la duquesa no la aprovechase. Corre á ver al rey, y le presenta con demostraciones del mayor dolor la orden falsificada, solicitando justicia contra el falsario. Francisco I vacila por la gravedad del asunto: dice que el canceller habrá querido corregir alguna irregularidad; pero la duquesa cierra el oido á todo, grita, se lamenta,

anuncia que si el rey consiente en que se la insulte con tanta avilantez, buscará y encontrará vengadores en otra parte. Como Francisco I estaba enamorado: como era omnipotente, y como le desagradaba la pedantería del canceller, sobaban motivos para enviarlo á la Bastilla, á la que fué conducido el mismo dia y tratado con el mayor rigor.

Tres años transcurrieron sin que se tratara del preso: la duquesa de Etampes parecia insaciable en su venganza; y como temia que el desenlace le arrancara su víctima, todo lo ponía en obra para embarazar el juicio. Al cabo del tiempo mencionado, el canceller pidió jueces con tanto empeño, que fué imposible diferir mas el negocio. Instauróse la causa, y la duquesa solicitó y obtuvo de su real amante, que declarara personalmente contra Poyet. Es verdad que el testimonio del rey era casi indispensable; pero no por esto debe disminuir la indignacion y el disgusto que ocasiona pensar que no se trataba en realidad sino de las disputas de una vil cortesana, cuyo título no servia sino para aumentar la vergüenza.

—Si nó resulta culpable mas que de cien crímenes,—habia dicho el rey al terminar su declaracion,—quiero que se le absuelva, á fin de que no diga que mi justicia es mas rigurosa que la de Dios, que perdonó hasta setenta veces siete.

Por último, despues de largos alegatos, por sentencia pronunciada á puerta abierta en la gran cámara, presente Poyet, con la cabeza descubierta, fué privado de su empleo de canceller, declarado inhábil para ejercer todo cargo real, condenado al pago de cien mil libras de multa y á permanecer preso hasta que hubiese satisfecho toda la cantidad, y confinado en seguida á la cárcel y bajo la vigilancia de quien tuviera por oportuno el rey.

La multa era enorme; pero entónces tenia un canceller de Francia mil medios de hacer economías, y Poyet las habia hecho prodigiosas. Pagó, pues, y volvió al ejercicio de su antigua profesion de abogado, la cual era, en concepto de ciertos filósofos, la lepra moral de aquel tiempo. Bien nos guardaremos de decir otro tanto de los de hoy.

Si la Bastilla no fué para Francisco I mas que una especie de juego, no por eso se mostró ménos cruel en otras circunstancias, y particularmente para con los partidarios de la religion reformada, que entregó á las llamas á centenares, y á cuyos suplicios se complacia en asistir. Imitáronlo en ello sus sucesores. Habia llegado el tiempo en que las disputas religiosas iban á ensangrentar la Francia, y la Bastilla no podia ménos de ser uno de los puntos de apoyo de los furiosos que gritaban: *La misa, ó la muerte! Cree, ó te mato!*

El 15 de Junio de 1559 fué Enrique II al parlamento, que deliberaba acerca de la conducta que debería observarse con los reformistas. El rey, que no era esperado, se habia hecho acompañar por el cardenal Bertrandi, guarda-sellos, por el condestable de Montmorency, y por otros varios señores y dignatarios. El presidente quiso interrumpir el debate; pero el monarca mandó que continuara.

Los presidentes y consejeros emitieron sucesivamente su opinion. Cuando le llegó su vez al consejero du Faur, que pasaba por hombre de gran saber y buen

juicio, habló en términos muy enérgicos de los abusos de la Iglesia: dijo que los que se mostraban tan ardientes en perseguir á aquellos cuyas opiniones condenaban sin examinarlas, causaban mas disturbios y hacian mas daño á la religion, que los mismos á quienes perseguian, y acabó opinando porque se suspendiera la pena capital contra los reformados.

El consejero Anna du Bourg tomó luego la palabra: era hombre de vida irreprochable, magistrado integro. Como diácono, sus estudios teológicos lo habian inducido á adoptar las ideas de los reformadores. Su vehemente discurso fué escuchado con atencion. Demostró cuán horroroso era ver reinar en la corte el adulterio, la prostitucion, la concusion, el homicidio, mientras se daba la muerte á ciudadanos sin mas crimen que el de servir bien á Dios y al rey segun su conciencia.

Apénas acabó su peroracion, cuando Enrique II, que se habia manifestado impasible hasta entónces, se volvió hácia el condestable de Montmorency, y le mandó prender á du Faur y á du Bourg, y llevarlos á la Bastilla, donde estaba de gobernador Hugo de la Verde. Así se ejecutó al punto, retirándose en seguida el rey con toda su comitiva. Parece que, reflexionándolo mejor al sentarse á la mesa, consideró que no habia hecho bastante por la religion; y sin dejar de comer y de beber con muy buen humor, dió la orden de aprehender á otros seis consejeros llamados António Fumée, Eustaquio de la Porte, Pablo de Foix, du Ferrier, Nicolás du Val y Claudio Viole. Se procuró sorprender á esas nuevas víctimas; pero de los seis consejeros que acabamos de nombrar, solo los tres primeros fueron arrestados: los otros se habian puesto en fuga.

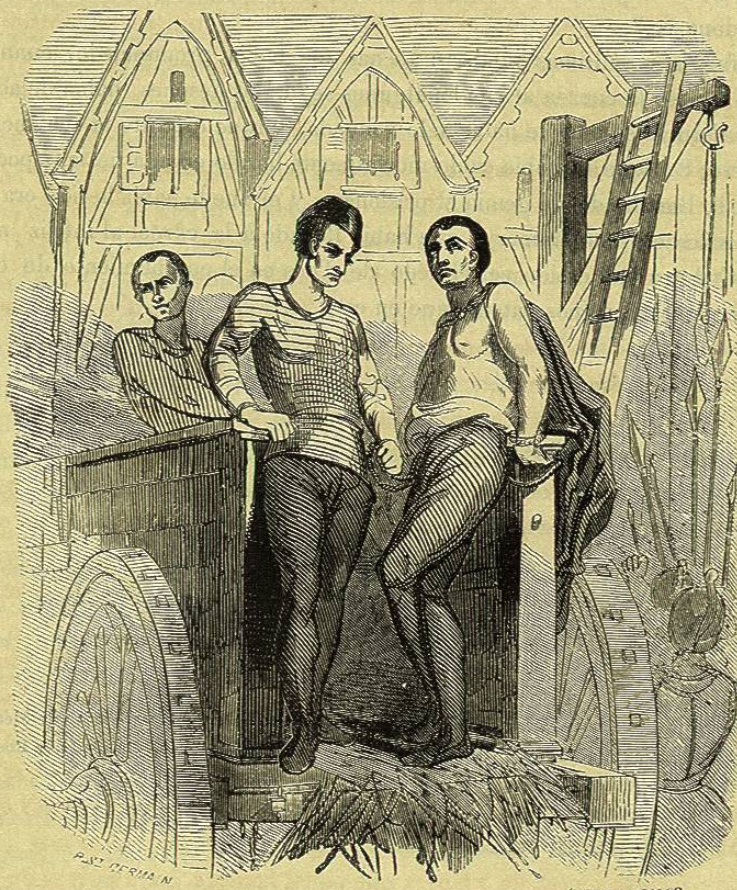
Los tres nuevos presos fueron conducidos á la Bastilla como los otros dos, “y encerrados cada uno,” dice un cronista, “en un cuarto muy estrecho é incómodo, como los mayores criminales del mundo, con centinelas á la puerta, á pesar de la seguridad de la prision, sin libros, papeles ni tinta, y en absoluta incomunicacion. Y el rey Enrique quedó tan animado y enojado, que se le escapó decir entre otras cosas, que veria por sus propios ojos quemar á du Bourg.”

Du Bourg merecia esa régia preferencia, por ser el único hombre de verdadero valor entre los cinco consejeros encarcelados. Desde el primer interrogatorio que se les hizo en la Bastilla, los otros cuatro se retractaron, imploraron su perdon, y no tardaron en ser puestos en libertad. Du Bourg, por el contrario, sostuvo lo que habia dicho, aunque refutando los hechos vergonzosos que se le imputaban en la acta de acusacion. Nada era mas absurdo ni mas horroroso que esas imputaciones, de manera que aquel hombre, cuya pureza de costumbres era conocida de todo el mundo, se vió acusado de haber asistido el juéves santo á una junta de reformados, en la cual, despues de comerse un puerco, se habian apagado las luces, y entregádose los concurrentes á los actos de la mas monstruosa depravacion.

Du Bourg, en su calidad de diácono, fué juzgado primero por el obispo de

Paris, du Bellay, asociado á un inquisidor llamado Mouchi, fanático que pagaba una cuadrilla de espías, á los que el pueblo dió el nombre de *mouchards* (corchetes), que les ha quedado á los de su calaña. Sentenciado por esos dos hombres, interpuso du Bourg el recurso de fuerza contra la sentencia pronunciada, y pidió ser juzgado por el parlamento; pero se declaró que no precedia el recurso, y se sujetó al reo á los provisoratos de Paris, Sens y Leon, que lo condenaron á ser degradado y entregado luego como herege al brazo secular.

Conducido ante la curia eclesiástica de Paris, en ella fué revestido el digno magistrado de sus hábitos sacerdotales, que se le quitaron luego uno por uno, despues de lo cual se le volvió á llevar á la Bastilla. Por último, el 23 de Diciembre se le sacó de nuevo de aquella fortaleza y se le condujo á la Concerjería, don-



de el escribano de lo criminal del parlamento, le leyó el fallo confirmatorio de la corte, que lo condenaba á ser ahogado y quemado, conduciéndosele con mordaza al lugar del suplicio, para que no pudiera arengar al pueblo.

—Señores, dijo despues de oir la sentencia,—mas dignos de compasion sois vo-

sotros, que yo. Os conjuro á que apagueis vuestras hogueras, á que renunciéis á vuestros vicios y os convirtais á Dios.

Varios eclesiásticos, y entre otros el cura de San Bartolomé, se le presentaron, é intentaron obtener que se retractara y abjurase lo que llamaban sus errores. La constancia de Du Bourg no se desmintió en un ápice.

Dada por él palabra de que no hablaría al pueblo, se suprimió la mordaza. Con la mayor tranquilidad subió á la carreta que debía llevarlo á la muerte: miraba con calma inalterable á la muchedumbre, á la que no dirigió la palabra; pero sí exclamó repetidas veces: «El que veis, no es ladrón ni homicida: es un mártir "que se gloria de morir por la causa de Dios y del Evangelio."»

Llegado á la plaza de Grève, y colocado debajo de la horca que se había levantado allí, alzó los ojos al cielo y dijo: «Dios mío, no me abandones, para que no "te abandone yo."»

Tales fueron sus últimas palabras: apenas las había pronunciado, cuando el verdugo le puso la cuerda al cuello; algunos segundos después había dejado de existir. Pero ya su muerte había sido vengada, porque durante la sustanciación del proceso, Enrique II había caído mortalmente herido en una fiesta, á poca distancia de la Bastilla donde gemía el prisionero, y el que lo había herido era aquel mismo conde de Montgommery, que había llevado á la cárcel al infeliz magistrado. Cuántos han creído ver el dedo de Dios en el cumplimiento de ciertos sucesos en que era ménos patente que en este!

V.

Prision de los mariscales de Cossé y de Montmorency.—Sefia de libertad.—Catarina de Médicis en la Bastilla.—Venganza de fraile y venganza de rey.—Bussy de Ambrise.—El abate de Rosières.—Pedro Desgrains.

En 1574 Carlos IX, casi moribundo, estaba en el castillo de San German con su madre Catarina de Médicis, cuando descubrió ésta ó creyó descubrir una formidable conspiración, de que eran gefes el duque de Alençon, hermano del rey, y el rey de Navarra, que fué después Enrique IV. El asunto era en apariencia de tanta entidad, que el monarca y su madre abandonando precipitadamente á S

German, donde no se creían seguros, fueron á encerrarse en Vincennes, llevándose consigo al de Alençon y al de Navarra, sobre quienes se ejerció desde entonces una incesante vigilancia. Se trató en seguida de apoderarse de los dos mariscales; pero esto no era fácil, y muchos meses trascurrieron sin conseguirlo.

Entre tanto, como los conjurados ignoraban que sus planes hubiesen sido descubiertos, por la habilidad con que la reina madre y Carlos habían disimulado su cólera, Cossé, que se había retirado desde la salida de San German, resolvió volver á la corte, á principios de Marzo de 1575, á fin de saber del rey de Navarra y del duque, si habían renunciado á sus proyectos, los cuales nunca han llegado á ser bien conocidos, dicho sea de paso. Se le recibió de un modo capaz de disipar toda sospecha: el rey, que no podía levantarse de la cama, lo hacía ir á su lado, para gozar, á lo que decía, de la conversacion de uno de los mas valientes guerreros que hubiesen servido á la Francia con su espada. Catarina, por su parte, lo agasajaba á mas no poder.

Cossé, completamente tranquilizado, escitó á Montmorency á que se le reuniera, y éste, dejándose persuadir, llegó bien pronto á Vincennes, donde fué recibido con demostraciones de júbilo, suficientes para desvanecer toda desconfianza, si alguna le hubiera quedado; pero esta seguridad duró poco, porque habiendo manifestado desde el siguiente día deseo de ir á cazar, se inventaron mil pretextos para impedirle, repitiéndose igual excusa por varios dias. Comenzando Montmorency á comprender que había perdido su libertad, se apresura á sacar de allí á la duquesa su muger, que lo había acompañado, y al otro dia de ida ella, intentó fugarse á su vez; pero llegado al puente, encontró al vizconde de Auchy, capitán de guardias del rey, que saludándolo respetuosamente, le dijo que tenía orden de pedirle su espada y asegurar su persona. Se le hizo subir al coche del monarca, donde estaba ya Cossé, á quien igualmente se acababa de aprehender, y ambos fueron conducidos á la Bastilla, cuyo gobernador era entonces Lorenzo Testu, hombre sin entrañas ni honor, á quien Catarina de Médicis había hecho uno de los principales ministros de sus venganzas.

La muerte de Carlos IX, y el advenimiento de Enrique III, en nada cambiaron la posición de los dos mariscales: Catarina de Médicis seguía mandando con absoluto poder.

La corte había vuelto al Louvre; pero se seguía vigilando al rey de Navarra y al duque de Alençon, que no habían abandonado sus proyectos de huida; y se tramaban intrigas de todas clases, cuando llegó á la corte la noticia de la muerte del mariscal de Damville, que se había puesto á la cabeza de los hugonotes del Languedoc. Solo dos hombres podían reemplazarlo, Montmorency ó Cossé: Catarina no vaciló, y se resolvió su muerte.

La noche del dia en que había llegado aquella noticia, estaban los dos mariscales hablando de sus asuntos, pues habían conseguido ocupar el mismo cuarto, favor raro, que no se habían atrevido á negarles. A pesar del rigor de su cautiverio y de la incesante vigilancia de que eran objeto, no dejaban de tener rela-